

LA METAMORFOSIS DE UN LUCERO

Homenaje Póstumo al licenciado *GEINER BARRANTES DELGADO*

Carmen González Argüello

Escuela de Matemática

Universidad Nacional

carmari@costarricense.cr

Es importante rendir homenaje de estima y reconocimiento a quienes nos hicieron beneficiarios de sus enseñanzas, como ser agradecidos es muy propio de aquellas personas de profundos valores humanos.

Y esto es lo que precisamente nos tiene reunidos esta noche: un sencillo pero sentido homenaje a una persona que fue un verdadero ejemplo porque en ella se conjugó la excelencia profesional con un profundo pensamiento humanista, reflejado en todos los acontecimientos de su vida. Me refiero al insigne profesor de Matemática *GEINER CARLOS BARRANTES DELGADO*, de grata memoria y a quien tanto debe la historia del desarrollo matemático en Costa Rica.

Y, por esos designios misteriosos de la naturaleza, me correspondió a mí, una de sus primeras alumnas en la Universidad Nacional, dar una semblanza de esta alma inquieta, sedienta siempre de profundizar en las entrañas mismas del conocimiento científico. Y esta designación no sólo me ha honrado sino que me ha resultado ser muy agradable. Porque no sólo es hablar de la obra de un destacado profesor. Es hablar de uno de los fundadores de la Escuela de Matemática de la Universidad Nacional, es hablar de uno de los más importantes formadores de mi profesión, es hablar del compañero universitario, de un sabio consejero y de un entrañable amigo...

Un distinguido novelista sueco, llamado Harry Laudex, solía narrar la historia de un anciano que encendía las luces de su pequeña ciudad. Apenas habían empezado a caer las sombras de la noche, cuando este anciano iba de poste en poste enciendo los faroles. El pequeño pueblo era una sola calle, larga y estrecha. Llegaba un momento cuando el anciano se perdía en la lejanía. Pero siempre se sabía el lugar por donde iba pasando ya que detrás iban quedando las luces encendidas.

Metafóricamente hablando, esto es lo que hizo nuestro querido Don Geiner toda su vida. De la misma manera que hacía el anciano que encendía las luces en la calle larga y estrecha, cada día, durante los 365 del año, Don Geiner supo encender una luz que iluminaría el sendero de los que de una u otra manera le seguimos.

Este gran lucero abrió sus ojos a la vida en los albores del año 1940, concretamente el 3 de enero. Y los vientos veraniegos de principio de año, fueron testigos esta vez no sólo del nacimiento de un nuevo año sino del nacimiento de un lucero, un lucero de naturaleza humana, nacido para brillar, siendo su cuna la hermosa ciudad de Grecia.

Su formación básica la obtuvo en la Escuela Simón Bolívar y fueron cómplices de su formación secundaria el Liceo León Cortés y el Liceo de Costa Rica.

Comenzó sus estudios universitarios en la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Costa Rica en el año 1958. Pero pronto a pesar de su buen rendimiento en esta carrera, se da cuenta de que su verdadera vocación estaba en el estudio de las matemáticas por lo que ingresó al entonces Departamento de Física y Matemática de la Facultad de Ciencias y Letras de la Universidad de Costa Rica, graduándose como profesor de Física y Matemática en el año 1964.

Pero Don Geiner ya había obtenido cuatro años antes un título igual de importante, pues en febrero de 1960 había fundado un hogar con la señora Marta Eugenia Ramírez Quesada de cuya unión nacieron sus hijas María Marta, Marianela y Yadira Eugenia, hoy brillantes profesionales en las áreas de Derecho, Medicina e Ingeniería Civil, respectivamente.

Es importante mencionar aquí que a partir del año 1964 comienza su amistad con nuestro también querido profesor, el Ingeniero Manuel Calvo Hernández. Ellos trabajaron juntos como profesores del antiguo Departamento de Física y

Matemática, en cursos elementales, tales como Álgebra, Trigonometría y Cálculo de una variable. Según narra el mismo Don Manuel, pronto Don Geiner mostró en las aulas universitarias sus grandes condiciones didácticas, su orden en la preparación de las lecciones, su habilidad al impartir las mismas y su amor por el estudio de las matemáticas y sus aplicaciones. Y menciono la amistad entre estos dos grandes matemáticos porque la historia debe ser justa y debe mostrar a las nuevas generaciones cómo una sólida amistad mezclada con un inagotable deseo por el conocimiento de las matemáticas y sus aplicaciones condujo a ambos educadores a llevar el estudio autodidacta como una forma permanente de vida y superación. Virtud que mantuvo Don Geiner hasta sus últimos días.

Un año después de haber sido profesor universitario, debió trasladarse de nuevo a su ciudad natal Grecia donde trabajó como profesor de secundaria hasta el año de 1967.

En estos años, nos narra Don Manuel, el Departamento de Física y Matemática se ve fortalecido por la influencia de profesores extranjeros de alto nivel que le visitaron así como por la cooperación de profesores costarricenses que obtuvieron especialidades en países de Europa y en los Estados Unidos. Por otro lado, precisamente en el año de 1967, la Facultad de Ciencias y Letras se dividió en Facultad de Ciencias y Facultad de Letras y el Departamento de Física y Matemática se convirtió en Escuela de Física y Matemática. Esto trae como consecuencia una fuerte reorganización de esta unidad académica y la necesidad de profesores de categoría. “Al primero que nos trajimos- menciona Don Manuel- fue a Don Geiner que todavía se encontraba en Grecia”.

Una vez más, Don Geiner no solo se destacó como profesor de cursos básicos sino también como coordinador de diversas cátedras y de la Comisión de Orientación y Evaluación. También participó en foros y seminarios en Italia, Panamá, y Brasil. Su gran capacidad de estudio y de trabajo le llevaron a impartir cursos avanzados tales como Topología, Ecuaciones Diferenciales, Series de Fourier y Métodos numéricos. Paralelo al cumplimiento de todas sus obligaciones, familiares y académicas, fue alumno de profesores de mucho prestigio en el plan de estudios de licenciatura en física y matemáticas, del Departamento para el cual trabajaba, obteniendo este grado después de presentar y defender su excelente tesis titulada “Funciones Cuasiperiódicas”.

En el Año 1974 se retiró de la Escuela de Matemática de la Universidad de Costa Rica y se trasladó a la naciente Universidad Nacional de Heredia para fundar una nueva Escuela de Matemática, según las raíces pedagógicas de la antigua Escuela Normal de Costa Rica y los fundamentos de “universidad necesaria” que han sustentado a esta nueva institución. En la Universidad Nacional además fue Secretario del Tribunal Electoral Universitario y Director de la Escuela de Matemática por tres períodos, dos de los cuales fueron consecutivos. Giran en torno a este momento histórico de la vida de Don Geiner pilares fundamentales que dieron brillantez a su obra en la Universidad Nacional. Entre ellos me refiero de manera particular a los matemáticos Enrique Góngora, Inés Azofeifa, Manuel Calvo, Guillermo Vargas, Tatiana Láscaris, Evangelos Stavrinides, Oscar Salas así como profesores de otras especialidades como Enrique Coen, de Física, Juan Bertoglia, de Biología, Esteban Dorris de Topografía y muchos otros nombres que construyeron la nueva Facultad de Ciencias Exactas y Naturales.

De esta época, vienen a mi memoria los esfuerzos de todos estos profesores por darnos cursos de alto nivel y de mucha calidad. Pero también recuerdo que, en nuestra condición de estudiantes de las Carreras de Licenciatura en Matemática y de la Enseñanza de la Matemática, en la nueva Universidad que se estaba gestando, era frecuente escuchar las conversaciones, y por qué no, las discusiones, de las que se generaban las ideas, la filosofía, los fundamentos de lo que debía ser la “universidad necesaria” con que soñaba su primer rector el Padre Benjamín Núñez y su equipo de trabajo. Debo confesarles que el profesor Oscar Salas me pidió la sala de estudio de mi casa para que se pudieran reunir, al mediodía, algunos de los profesores de la Facultad. En fin la defensa de ideas, las lucha presupuestarias, las molestias que ocasionaba la ausencia de una infraestructura que obligaba a trabajar en casas de alquiler, así como responder a una formación de calidad fueron una sabia mezcla que logró en todos, funcionarios y estudiantes, no sólo una sólida formación matemática sino que también fue una cátedra para la vida de todos, una clarificación de lo que debía ser la universidad y una verdadera escuela de formación de opiniones.

Entre todos esos andares, recuerdo una vez que enviaron a profesores y estudiantes a invitar a la comunidad herediana, que por ese entonces no creía en la Universidad Nacional, para que se integrara a nuestras luchas presupuestarias. A

Don Manuel, a Don Geiner y a nosotros estudiantes de esa época nos correspondió visitar un barrio al este de Heredia, donde las calles eran lastreadas. Acordamos que la mitad del grupo visitara las casas situadas a una de las orillas de la calle y que la otra mitad visitara las de la orilla opuesta. Don Geiner, que creía que esta no era la mejor estrategia para lograr el objetivo, pues no eran tareas propias de un profesor dijo: “Sólo falta que a la primera puerta que nos dirijamos nos salga un perro furioso” Nos reímos todos y nos dividimos. Cuál sería nuestra sorpresa que a los cinco minutos venían los compañeros liderados por Don Geiner, todos medios asustados, medio riéndose porque la profecía de Don Geiner se había cumplido y habían tenido que brincarse una cerca.

Otra anécdota curiosa fue cuando me dijo: “Carmen tenemos los profesores para atender los cursos del nivel que deben llevar, pero no hay aulas. ¿Usted cree que su familia nos permitiría reunirnos en la sala de estudio de su casa? Y en otra ocasión en la que sufría una fuerte migraña por el estrés del exceso de trabajo, me dijo: ¿Por qué no desconecta el swich? Yo cuando me siento así, desconecto el swich.

Y aquí nos daría la madrugada con el sinnúmero de anécdotas de esa entrañable época. A don Geiner le recuerdo como el insigne profesor. Cuando imparto mis lecciones recuerdo muchas de sus enseñanzas. Cuando actúo como universitaria recuerdo muchos de sus consejos. Y estoy segura que su paso por la vida de sus estudiantes dejó un sello inconfundible, el cual le viviremos eternamente agradecidos.

Don Geiner se jubiló en 1989 en la Universidad Nacional. Luego de pensionarse se dedicó por sí solo a aprender Informática, apoyándose en cursos de computación y programación así como de mantenimiento de equipo. De esta manera llegó a manejar a la perfección las computadoras y programas modernos de computación. Pero una vez más no se dejó para sí su conocimiento. Al respecto, cita una vez más don Manuel: “No puedo dejar de dar mi eterno agradecimiento a Don Geiner, porque él fue el que me enseñó, en forma personal y pese a mi avanzada edad, a ponerme al día, en la computación de esa época, con lo cual fui capaz de manejar con bastante soltura programas de matemática y programas de diseños civiles en estructuras pertenecientes a mi profesión de Ingeniero Civil”.

Pero el lucero del que les hablo es de naturaleza humana, y como humano tuvo sus luchas, aciertos y desaciertos. Al referirse a Don Geiner, su familia expresa

que fue muy cariñoso, excelente padre, con una gran sabiduría como consejero, bondadoso y amigo de ayudar a las personas necesitadas, muy exigente como profesor y siempre les inculcó que debían estudiar mucho para hacerse profesionales. Dicen que tenía gran habilidad para arreglar artefactos eléctricos, cosa que también aprendió solo.

En los últimos años puede decirse que su mayor interés fueron sus nietos y nietas así como la formación de ellos, en particular su formación matemática. En el caso particular de Daniel José, se lo llevó para Grecia en el año 2006, y todos los días lo despedía cuando se iba al colegio y lo esperaba cuando regresaba del colegio. Después de eso se ponían a estudiar Física y Matemática. Daniel José le gustaba mucho estudiar con “Tito”, como le llaman todos sus nietos. Un día decidió que Daniel José debía de participar en la Olimpiada de Matemática y él lo preparó ganando la primera etapa lo cual lo puso muy contento.

Pero Don Geiner se empezó a enfermar y para poder recibir su tratamiento tuvo que trasladarse de nuevo a San José. A pesar de que su salud se deterioró significativamente Daniel José siguió estudiando y logró pasar a la final de la Olimpiada. Lo último que supo fue que su nieto clasificó para la final pues al día siguiente fue internado en el Hospital México donde falleció 28 de octubre del 2006. Un mes después Daniel José ganó Medalla de Bronce en la Categoría B en la Olimpiada Nacional, siguió estudiando y pudo participar en la Olimpiada Mundial de Matemáticas. Daniel José dice que su abuelo fue como un padre para él, que los cuatro meses que vivió con su abuelo en Grecia, fueron muy importantes en su vida ya que le dio las bases para seguir adelante.

Cuando le fue diagnosticada su enfermedad, preguntó que cual era la expectativa de vida a lo cual se le informó que de diez años. Ante esta realidad dijo que se sometería a los tratamientos, pero que debía de vivir 13 años más para ver hecho profesionales a sus nietos Daniel José de 15 años, David José de 13 años y Diego José de 12 años. Su meta era darles el apoyo que necesitaran en el área matemática pues los tres quieren estudiar Ingeniería.

Otro de sus últimos proyectos era ofrecer a sus nietos María Paz, David José y Natalia, un curso de nivelación para corregir las debilidades que tenían en su formación matemática ya que iban a ingresar a noveno año en el 2007. Este

proyecto lo tenía pensado para enero de ese año, pero el destino le tenía otro camino.

Esta información, suministrada por su hija Marianela, en nombre de su familia, a quienes les agradecemos su gentileza de quererla compartir con nosotros esta noche, me ha parecido importante mencionarla porque una vez más se nota ese amor de Don Geiner por la enseñanza de las matemáticas, a pesar de su delicada condición de salud.

Si quisiéramos resumir en una frase su filosofía de educador repetiríamos sus mismas palabras: “Para enseñar matemática hay que saber matemática y saber mucha matemática” Con esto nos quería decir que el profesor debía de prepararse muy bien, preparar sus lecciones, darlas sin ninguna guía, no copiar los conocimientos en la pizarra, ser muy ordenados, saber mucha matemática para encontrar diversidad de formas para desarrollar los temas, garantizarse que el alumno hubiese logrado el conocimiento.

Al finalizar la jornada emprendida, es fácil ver la estela luminosa que dejó Don Geiner a su paso. Aunque la lejanía del tiempo le cubra, sabremos siempre el lugar por donde pasó gracias a las luces de aquellos a quienes enseñó a dejar su propia estela luminosa.

Esta comunicación fue presentada en el homenaje póstumo que la Escuela de Matemática de la Universidad Nacional le ofreció a Geiner Barrantes el 2 de noviembre del 2007.